SOBRE
LA ANACRONICA CONTEMPORANEIDAD
DEL Dr. BOFILL

J. CUERVO ARANGO

1. Res sunt inter duos intellectus constitutae: La constitución de un "mundo" es algo trabajoso. Se va logrando a través de toda una vida. Si ya cada persona tiene "su mundo" desde muy joven, esto no quiere decir que dicho mundo no se halle sometido a un profundo devenir. Y así con el paso de los años, va creciendo y cambiándose, va constituyéndose.

Si atendemos a los hechos y los reflexionamos, nos damos cuenta que toda persona constituye su mundo en el seno de un diálogo interpersonal, del que como fruto maduro, va brotando.

Sin embargo cuando la relación interpersonal originante es falsa, el mundo que se origina en ella es en el fondo "caos", privado de toda jerarquía de valores, y en el que apenas se avanza porque en él todo está desconexo.

Puede ocurrir también que dicha relación interpersonal no sea sencillamente falsa, pero sí que se efectúe a un nivel poco profundo, en el que lo absoluto no tiene parte e incluso horroriza. Entonces, el mundo que brota de ella es un mundo al que se le podría aplicar un poco genéricamente tal vez, el adjetivo de "positivista".

2. Para que el mundo constituido sea realmente un mundo metafísico se necesita que la relación establecida alcance el nivel absoluto, aquel nivel "en el que la referencia a Dios está rigurosamente exigida".

Esta referencia puede ser indirecta o directa. En el primer caso, la relación interpersonal se da entre hombres pero con tal intensidad que intrínsecamente se desborda abriéndose al Absoluto y colocándose a su luz. En esta relación, el Absoluto no es tanto "tema" de diálogo cuanto trasfondo posibilitante del diálogo establecido a tal nivel. En el segundo caso, la relación que comienza a darse entre personas humanas se abre inesperadamente y en su hendidura aparece el rostro del Absoluto con tal intensidad que las personas se colocan una junto a la otra para que el Absoluto pase de puro trasfondo posibilitante a ser el Tú a quien se dirigen dialogalmente. Mientras que en la primera relación el mundo originado es un mundo constituido entre hombres bajo la luz del Absoluto — mundo por tanto metafísico —, el mundo que brota de la segunda relación es un mundo propiamente teológico, ya que al intervenir Dios como dialogante, su Palabra y su Mundo es la que impera, ya que sólo mediante su Palabra se puede entrar en relación con Él.

Nos parece que el mundo metafísico del Dr. Bofill brotaba de ese diálogo continuo que sostenía tanto con su familia, como con las múltiples amistades que sostenía. Su mundo propiamente teológico, el que brotaba de su unión con Dios, nunca lo manifestó. Tal vez por pudor, tal vez porque

prefiriera no someterlo a la reflexión explícita,, ya que su condición de laico no le obligaba a la predicación.

3. La constitución de este mundo metafísico, nos parece que tiene varios "momentos". El primer "momento" es aquel en el que se logra la sustantividad de la persona llamada a dialogar. Esta sustantivación se consigue ante todo por una inmersión en las fuentes de la vida. Esta inmersión tiene un cariz receptivo. Hundirse en la viva tradición es el primer paso de todo aquel que desea decir una nueva palabra y constituir un nuevo mundo.

El Dr. Bofill se sumergió durante largos años en la más auténtica tradición cristiana a través de sto. Tomás, san Agustín, y san Buenaventura. Las experiencias de estos autores eran para él sacramentos de la experiencia que la Humanidad había tenido de Dios. Experiencia que naturalmente estaba vertida en formas arcaicas, y que pedían un cierto arcaizarse para quien quisiera penetrar en ellas. Al Dr. Bofill no le costó arcaizarse. Sin embargo, de esta incursión en el pasado salió fortalecido y vivificado en su "memoria", esa facultad que según él tiene como misión hacer presente el pasado, hacerlo presente y operante. Este vigor que la memoria adquiere le da sustantividad, hasta el punto que ésta queda liberada de las limitaciones del pasado, y esto no por revocación ni deserción de las fuentes en las que se ha nutrido, sino más bien por una asumción personal. Es en ese segundo "momento" en el que la memoria adquiere libertad, cuando está dispuesta e incluso constreñida (pero con una constricción liberante) a decir una palabra que es expresión de ese pasado, renovado en el corazón de la persona. Esta palabra, a menudo tiene una estructura exterior arcaica pero cuyo interior está cargado de una gran profundidad transcendente a la fuente tradicional que la originó, y por ello dinámicamente orientada hacia el futuro. Sin embargo aquí hemos de hacer una precisión. El futuro hacia el cual se orienta, es también un futuro profundo, privado por lo tanto de esa "mágica inercia" con la que el superficial futuro suele seducir.

Esta palabra cuyo origen se encuentra en la "memoria", es de alguna manera una palabra "misionera". Vamos a explicar un poco esto. En efecto: en aquella inmersión primera en las fuentes de la vida que la tradición posibilitaba, se entabló un diálogo entre el Dr. Bofill y esos hombres en cuyo corazón se había conservado viva la experiencia que la Humanidad había tenido de Dios. Fruto de ese diálogo fue la constitución de una memoria vigorosa y creativa. Por su memoria, el Dr. Bofill entraba en comunión con el Dios de nuestro Señor Jesucristo, Dios que lo es también de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Tomás, de Agustín y de Buenaventura. En el seno de esta comunión el Dr. Bofill se sentía impulsado — enviado — a decir su personal palabra. Ésta se hallaba dotada de fuerza generadora, por lo que al entablar diálogo con los que a su alrededor estaban podía suscitar ese nivel profundo — a veces dormido en el hombre — que hacía que sus discípulos, al asumirle, lo hicieran con tal personalidad que eran capaces de transcenderle. Transcendencia no obstante que lejos de disminuirle, constituía su gloria, y ante la cual, él, respetuosamente, callaba, admiraba y agradecía. Su palabra, era, pues, misionera al suscitar en nosotros ese nivel

"en el que la referencia a Dios al considerar la realidad era rigurosamente exigida". Al constituirnos en dicho nivel nos liberaba también de esa doble tentación de inercia, la del pasado y la del futuro, con lo que a su través participábamos de ese señorío del tiempo tan característico suyo (a pesar de la exterior apariencia) y que él, a través de la tradición de la Iglesia había heredado como don del Señor de la Historia.

4. El diálogo que con sus discípulos entablaba no sólo se quedaba anudado por la mediación de su palabra sino que se consolidaba por ese "verbum cordis" que difundía sobre todos aquellos que gozábamos de su cercanía.

Esa bondad que le brotaba del corazón también tenía su origen en esa viva y paternal tradición. La transmisión del *Verbum Dei* que él había captado no es independiente de ese ambiente en el cual únicamente se transmite. Ese ámbito no es otro que el del *Spiritus Dei*. En el seno de ese *Spiritus* él había recibido el *Verbum*, y en el mismo seno, él lo transmitía.

Al llegar a este punto, hemos de recordar la función que su vida familiar tenía en su pensamiento. Muchas veces le oí decir que la relación del hombre con la mujer invita y activa el *verbum cordis*, ocupando el pleno principal, mientras que el *verbum mentis* o *verbum veritatis* latía como el trasfondo inteligible en el cual la bondad se hace lúcida. La relación del hombre con el hombre, activa por el contrario el *verbum veritatis*, permaneciendo entonces el *verbum cordis* como seno en el que aquel deviene amable.

Esta amabilidad que el *verbum cordis* entrega al *verbum veritatis* es de una importancia fundamental. No sólo hace agradable la intelección de la verdad, sino que incluso la hace ontológica. En efecto, la verdad entendida sin amor, sólo aparentemene lo es. Esa intelección se reduce a la lógica estructural, y ésta, privada del encanto que el amor le da se vuelve opaca, fría, perdiendo el carácter de signo, único capaz de lanzar a la mente hacia ese más allá misterioso que solamente en signos — *in aenigmate et in speculo* — se muestra. Ese "más allá misterioso" que trasciende a la vez que funda a los entes es el fin de la intelección, ya que — y esto lo sabía muy bien el Dr. BOFILL — aquello hacia lo que tiende la inteligencia es el "*esse rerum*". Sin esa seducción que poseen las formas — ese "no sé qué que quedan balbuciendo" en frase de Juan DE LA CRUZ — éstas se convierten en objeto de "ciencia" con el método característico de la "definición", mas entonces, esta búsqueda "científica" no se preocupa de la ontología (esto, después de KANT ha quedado resuelto). Si la Metafísica se preocupa de ella, es a condición de emplear el método de la "analogía", síntesis de "definición" y de "metáfora" (esta última es el método de la poesía, que pretende captar ese "no sé qué" por medio del mito). Pero la analogía sólo se puede emplear cuando el "*logos*" se siente impulsado a saltar hacia arriba — "ana" — lo que acontece cuando la forma está bañada de esa luz maravillosa proveniente del misterioso "más allá". Pues bien, esa luz sólo se capta cuando el *verbum mentis* se expresa en el seno del "*verbum cordis*".